

S^{TA} MARGARITA, V. Y. M.

nuestra alma, y así por ellos ni merecemos premio ni castigo. Pero al instante inmediato de su existencia debemos observarlos, debemos examinar su tendencia y sus fines, y enderezar lo que en ellos hallásemos torcido, y corregir lo que tuviesen de errado. Esto necesita una vigilancia continua, una santa desconfianza de todas nuestras acciones, y un temor saludable de ofender á nuestro Dios. En las cosas, al parecer mas inocentes, suele esconderse muchas veces un humor vicioso que contamina nuestros afectos. El amor de los hijos, del marido, de la esposa, de los amigos, y aun de las cosas necesarias á la vida, puede nacer ó de un amor viciado, esto es, de una concupiscencia puramente terrena, ó de un amor purificado. El distinguir lo uno de lo otro, el precaver los peligros y prever las consecuencias funestas es la grande obra del cristiano, y lo que le puede dar una completa victoria de sus pasiones, y una acertada direccion de todos sus afectos. A esto se deben reducir en este dia tus propósitos para conseguir el fruto debido de la lectura espiritual, y de la palabra de Dios que en ella has oido.

DIA VEINTE.

SANTA MARGARITA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació Santa Margarita, ó santa Marina (como llaman los griegos) en Antioquia de Pisidia, de padres distinguidos por su calidad, pero idólatras. Perdió á su madre estando aun en la cuna, y su padre Edesio, uno de los sacerdotes mas autorizados entre los gentiles, la dió á criar á una aldeana de aquellas cercanias, que era cristiana, y se aprovechó admirable-

mente de la ocasion que le presentaba la divina Providencia para salvar á aquella dichosa niña. Efectivamente, luego que los años la hicieron capaz de enseñanza, se dedicó la piadosa ama á imbuirla bien en los principios y en las verdades de la religion cristiana. Halló en la niña tan bellas disposiciones, un natural tan bueno, un entendimiento tan vivo y tan despejado, una inclinacion tan natural á la virtud y una docilidad tan rara, que parecía haberse anticipado la piedad á la razon. Era todo su gusto instruirse en las verdades de la fe, y todo su anhelo que la llevasen adonde se juntaban secretamente los fieles. Por las preguntas que hacia de cuando en cuando á su querida ama se dejaban conocer las particulares bendiciones con que el Señor la habia prevenido, disponiéndola para que fuese con el tiempo una de las mas ilustres heroínas cristianas.

Luego que tuvo suficiente discernimiento para determinarse, no solo pidió y recibió el santo bautismo, sino que desde entonces se obligó con solemne promesa á no admitir otro esposo que á Jesucristo, repitiendo mil veces al dia, que toda su ambicion, toda su ansia y todo su anhelo era dar la vida por su dulce Salvador en medio de los mayores tormentos.

Llegó presto á noticia de su padre lo que pasaba y el partido que habia tomado su hija; llenóse de cólera, llamóla á su casa, y prometiéndose que fácilmente la convenceria, la recibió en tono zumbon y mofador, dándole la enhorabuena de que fuese cristiana. No lo negó la santa niña; antes bien respondió á su padre con modestia y respeto, que admitia el parabien que le daba, por la merced que le habia hecho el verdadero Dios de darle á conocer la religion verdadera, escogiéndola no solo para su sierva, sino tambien para ser esposa suya. Irritado furiosamente el padre con una respuesta que no esperaba, le dijo:

Ya veo, rapaza, que te han hechizado y turbado la razon; pero yo desharé presto esos hechizos: ó ven conmigo á sacrificar á los dioses, cuyo principal ministro soy, ó disponte á padecer los mas crueles tormentos. La constancia y la resolucion de Margarita la hicieron experimentar toda la dureza y toda la barbaridad de un padre cruel y enfurecido. Tratóla con bárbaro rigor; pero nada fué bastante para doblar su constancia. Despojóla de la ropa que traia correspondiente á su calidad, y haciéndola vestir unos andrajos asquerosos, la envió al campo á guardar sus ganados, persuadido de que nada se le haria tan duro como el verse tratada como una vil esclava; pero se engañó su pensamiento: aquellos andrajosos trapos eran mas conformes al gusto de Margarita que las mas ricas y mas exquisitas galas. Por otra parte, hallaba sus delicias en el campo, retirada de la casa de su padre, que manchaban cada dia mil inmundos y profanos sacrificios. Así colmaba Dios á esta alma inocente y generosa de sus dulces bendiciones, disponiéndola para combates mas fuertes y para una victoria mas segura.

Favorecida en la soledad de mayores gracias, solo anhelaba por aquel dichoso dia en que tuviese la gloria de dar su vida por Jesucristo, rindiéndole incensantes gracias por la merced que le hacia en darle alguna parte en sus abatimientos, y suplicándole con humildad y con instancia se la diese tambien en sus tormentos y en su cruz. Presto fué oida su oracion. Estaba un dia con su ganado cerca del camino real á tiempo que pasó junto á ella Olibrio, general de los ejércitos del emperador Aureliano y gobernador de la provincia de Pisidia.

Reparó en la rara hermosura de la pastorcilla, y en aquel aire noble y modesto que desmentia su condicion. Dióle golpe, y mandándola acercarse, la hizo varias preguntas sobre su nacimiento, sus padres y

su calidad. La dulzura y la modestia con que respondió á todo la pastora, dejaron mas prendado al gobernador; y como entre otras cosas le habia dicho que era cristiana, tomó de aquí pretexto para dar orden que la condujesen á Antioquia.

Acordándose el dia siguiente Olibrio de su prisionera, mandó que se la trajesen á su presencia. Apenas la vió delante de sí, cuando quedó mucho mas encantado de su peregrina belleza que el dia antecedente, y hablándole con una dulzura halagüeña y tentadora, le dijo: « Hija mia, ayer te oí decir que eras cristiana, y no sé si lo crea: sóbrate mucha discrecion y mucho entendimiento para no conocer las extravagancias de esa nueva religion; pero al fin, si te educaron en sus ridículas supersticiones, no es maravilla que estés encaprichada en ellas; mas, gracias á los dioses inmortales, en edad estás en que fácilmente podrás deponer esa preocupacion. Seguramente, hija mia, que naciste para ser algo mas que pastora y una cristiana vil; yo quiero hacer tu fortuna, quiero colmarte de honras y de bienes; en conclusion, desde hoy mismo vas á ser la primera señora de Antioquia. »

Oia todo esto nuestra santa con una modestia y con una compostura que hechizaba á todos los asistentes; y tomando la palabra, respondió: « Señor, mi fortuna está ya labrada desde el mismo punto que tuve la de ser cristiana; á ninguna otra aspira mi ambicion que á la de agradar al Dios á quien sirvo, el único que merece nuestros cultos. Conoce poco la religion cristiana el que trata de extravagancias y de supersticiones sus verdades y su doctrina. No hay que esperar verdadera sabiduria fuera del cristianismo. Hija (replicó el gobernador), no se trata ahora de apologias de religion; trátase de que yo quiero absolutamente tomarte por esposa; no te empeñes en llevar adelante obstinadamente tu error; porque, si no te rindes á los

ventajosos partidos que te propongo, bien te puedes prevenir para los mas crueles tormentos. Dispuesta estoy, señor, á todo (respondió Margarita), y espero que ninguna cosa alterará mi fe, ni vencerá mi constancia; tengo colocada toda mi confianza en mi Dios, á quien consagré mi virginidad, y no ha de permitir que yo sea vencida. »

Encendido Olibrio en cólera y saña al oir estas palabras, mandó que la despedazasen á azotes con nudosas varas. Ejecutóse la orden con furor, y en un instante se vió regada de aquella inocente sangre la sala de la audiencia. Mientras inhumanamente despedazaban á la purísima victima, gritaba un hombre de armas: *Margarita, sacrifica á nuestros dioses, y no pierdas tu fortuna por tu locura y por tu obstinacion.* Enternecióse el pueblo que estaba presente á la vista de este espectáculo, sobre todo cuando vió que la santa se mantenía inmóvil, levantados los ojos al cielo, sin exhalar una queja, ni hablar una palabra, hasta que, cansados los verdugos y agotadas todas sus fuerzas, la dejaron. Entonces, volviéndose la santa al gobernador, le dijo: *Señor, inventad otros tormentos; Jesucristo está conmigo; la fortaleza y el valor que me comunica son superiores á todo lo que podeis inventar.* Parecióle á Olibrio que esta fervorosa confesion era insulto con visos de desafío, y centelleando de ira sus ojos, mandó que le apretasen fuertemente los piés y las manos entre planchas de hierro encendidas, y que despues con garfios del mismo metal le volbiesen á abrir todas las llagas. Horrorizóse el pueblo á la vista de un suplicio jamás oido hasta entonces; y aun el mismo gobernador no tuvo valor para ver tan bárbaro espectáculo, ordenando que la llevasen luego á la cárcel antes que espirase, admirado de que se pudiese mantener con vida.

Luego que Margarita entró en la prision, quiso el

Señor que triunfase del furor de los demonios despues de haber triunfado de la barbaridad de los hombres. Parece que todo el infierno junto se armó para perderla, ó á lo menos para atemorizarla; pusieronse delante espectros formidables, oia espantosos ahullidos, y en fin, no perdonó Satanás medio alguno para llenarla de terror. Dicese que se le apareció el demonio en figura de un monstruoso dragon, acercándose á ella con la boca abierta, en ademan de que la iba á tragar; pero la santa manteniéndose inmóvil, hizo serenamente la señal de la cruz, y luego desapareció aquel fantasma. No por eso se acobardó el enemigo comun; volvió á ponerse delante tomando la forma de un hombre rabioso y desesperado en ademan de acometerla para hacerla pedazos; pero la santa doncella con dos gotas de agua bendita le echó por tierra, y poniéndole el pié sobre el pescuezo, le obligó á confesarse por vencido. Asegúrase que, teniéndole de esta manera, le preguntó por qué razon tentaba á los cristianos con tanto furor y de tan diferentes modos. A lo que respondió el demonio, que lo hacia por la rabia de ver que estuviesen destinados para ocupar en el cielo las sillas que él y sus compañeros habian perdido por su soberbia y por pura malicia suya, no pudiendo sufrir que Dios hubiese escogido á los hombres para sustituirlos á ellos. Hizo Margarita la señal de la cruz, y quedó libre para siempre de semejantes visiones.

Siguieronse á estas pruebas los consuelos interiores y los favores celestiales. Llenóse la prision de un maravilloso resplandor, y le pareció á la santa oír una voz del cielo, que le daba el parabien de su victoria, y la exhortaba á perseverar hasta el fin, que ya no estaba distante. Al mismo tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas, cesaron los dolores, y se halló restituida á su primera hermosura, aumentada con

nueva brillantez. Informado de esto el gobernador, quiso ver por sus mismos ojos esta maravilla; y apenas pareció Margarita en su presencia, cuando renovado en su corazón el primer incendio, exclamó como asombrado: « ¡Oh, y qué poderosos son nuestros dioses inmortales! ¡oh hija mia, y cuánta es su bondad! ¡cuánto el amor que te tienen! pues, perdonando tu terquedad y tu religion, te han hecho aun mas hermosa de lo que antes eras; vamos, vamos los dos á rendirles las debidas gracias por tan grande favor, ofreciéndoles humildes sacrificios; y ven tú como esposa del gobernador á tomar posesion del precmiamente lugar que te corresponde en el templo. »

Indignada la santa al oír tales despropósitos, aun mas intrépida y mas animosa, le respondió con cierto tono de burla y de desprecio. « Si por cierto; buenos son para hacer milagros vuestros dioses, mas despreciables y mas flacos que los mas viles animales. Un dios de piedra, de metal ó de madera será muy capaz de dar la salud, cuando no es mas que un bulto inanimado, un tronco sin vida; el que me puso en el estado en que me ves fué Jesucristo, mi divino esposo, el único que es capaz de sanar las almas y los cuerpos; y si todavía te ha quedado alguna tintura de juicio y de religion, reconoce su poder y abraza el cristianismo. »

Entró en furor el tirano al oír una respuesta tan inesperada. Mandóla atormentar de nuevo. Abrasáronle los costados con hachones encendidos; y para que fuese mas vivo el dolor, la metieron despues en un estanque de agua frigidísima. Mientras duraban estos varios suplicios, mostraba la santa estar llena de alegría, sin dar indicio alguno de la menor flaqueza. Sucedió entonces un espantoso temblor de tierra, que llenó á todos de terror; y se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, esposa de Jesucristo, ven y entra en la*

mansion feliz de los bienaventurados á recibir la corona eterna que está prevenida para ti. Oyeron la voz todos los presentes, y se convirtió una multitud prodigiosa de gentiles, que por la mayor parte tuvieron la dicha de padecer el martirio. El mismo gobernador quedó como aturdido en vista de tantos prodigios, y temiendo alguna sedicion, mandó que al punto se cortase la cabeza á la santa. Mientras se disponian las cosas para la ejecucion, se volvió Margarita á todos los asistentes, y los exhortó á reconocer al verdadero Dios, obrador de tantas maravillas como ellos habian visto, y á que abrazasen sin temor la religion cristiana. Sintióse otro nuevo temblor de tierra, que renovó en todos el espanto; y reparando la santa que el verdugo estaba temblando, le animó á que ejecutase la orden que tenia; y este, recobrándose un poco, le descargó el golpe con que mereció la corona del martirio. Sucedió esta preciosa muerte el día 20 de julio del año 175, día en que la Iglesia celebra su fiesta.

Enterróse el santo cuerpo en Antioquia de Pisidia, lugar de su nacimiento y de su martirio; y extendiéndose luego su culto por todo el universo, fueron repartidas sus reliquias en diferentes lugares, siendo pocos los pueblos de la cristiandad donde no se profese singular devocion á santa Margarita. En la célebre abadía de san Germán de los Prados en Paris, se venera una de sus mandíbulas engastada en una rica estatua de plata, de peso de treinta y siete marcos, que mandó labrar en honra de la santa la reina María de Médicis, mujer de Enrique el Grande. Algunas otras partes de su santa cabeza se adoran en la iglesia de las religiosas del *Ave Maria* de Paris, en la abadía de Fraymont en el Beauvais, en la de san Rieul en Senlis, y en la colegiata de Andrelec en el arrabal de Bruselas. Un hueso del pié se guarda en la catedral de Troyes, y otras porciones de huesos en Abbeville,

Gisors y otras muchas ciudades. Fueron traídas de Antioquia estas reliquias por los cruzados cuando se hicieron dueños de aquella ciudad.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Margarita, virgo et martyr imploret, quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdón de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Margarita, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51 de la Sabiduria.

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adiutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte, que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el día de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fué oida. Y me libraste de la perdition, y me salvaste del tiempo iniquo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

« No se ignora que esta epístola se sacó del Eclesiástico cuyo autor fué un tal Jesus, hijo de Sirach;

» y como procura imitar en todo el estilo de Salomon
 » en los Proverbios, tomando de ellos muchas sen-
 » tencias, y hace el elogio de la sabiduría poco mas
 » ó menos en el mismo gusto y estilo de Salomon, la
 » Iglesia le aplica indiferentemente el título ya del
 » Eclesiástico, ya de la Sabiduría. »

REFLEXIONES.

Alabaré continuamente tu santo nombre, y le glorificaré con accion de gracias, porque me libraste de la perdicion, y me sacaste de tantos peligros en el tiempo de la iniquidad. Este debe ser el lenguaje de aquellas almas afortunadas á quienes el Señor por un privilegio particular reservó como para sí, librándolas de todos los peligros de que está lleno este mundo engañoso, y poniéndolas á cubierto de las tempestades y de los escollos en el puerto de la religion. Es preciso confesar que son muy pocos los que se forman una idea cabal y justa del estado religioso: unos le consideran como una tierra que se traga á sus habitantes; otros como un país que solo produce espinas; y casi todos como una esclavitud. Es tan comun el error, que ni aun se piensa en salir de él. Son sin razon todas estas aprensiones. El estado religioso es semejante á la tierra de promision, cuyos imaginarios monstruos no tienen mas subsistencia, que en la descompuesta aprehension de los que no conocen la excelencia del terreno, ni la benignidad del clima. A la verdad, cuesta trabajo llegar á este delicioso país; se han de pasar mares, combatir enemigos, y atravesar montañas escarpadas; pero es muy dulce el fruto despues de tantas victorias. Aquel Dios á quien sirve este fiel y dichoso pueblo, tiene el secreto de allanar en su favor las mayores dificultades, y de endulzar lo que se presenta lleno de

amargura. Si es menester suspender las olas para franquearle el paso libre, si es menester llover un maná celestial para sustentarle en el desierto, al punto hace el Señor todos estos prodigios. Pero en fin, llegóse ya á aquella dichosa tierra; ¡qué abundancia de bienes y de gracias espirituales! ¡qué calma, qué paz y qué bienaventuranza aun en esta vida! Mas los privilegios del estado de los mundanos, ¿cuáles son? ¡Ah! que todo concurre á abrumarlos, á obligarlos á padecer, sin libertad para quejarse. Vanamente se esfuerzan á figurarse felices, disimulando sus amarguras; muy á su pesar les nacen las espinas en medio del corazón; en todas partes los siguen y los persiguen los disgustos; cercada está de cruces la misma opulencia y abundancia. Todo conspira á hacer desdichados á los hombres del mundo: cuidados continuos; fatigas inseparables de su condicion; la ambicion, la emulacion, el interés, manantiales inagotables de muchas pesadumbres; las inquietudes de una vida como atolondrada entre el tumulto y la confusion; y los sustos de una fortuna mudable, inconstante y resbaladiza; el humor extravagante de tantos con quienes se debe contemporizar, y á la mayor parte de ellos necesario complacer; mil desgraciados accidentes que siempre amenazan y nunca se pueden prevenir; las desgracias de los tiempos que no es posible evitar; un porte que es preciso mantener á cualquiera precio; gastos inevitables, que exceden mucho á las rentas y á los sueldos; la multitud de los rivales; la malignidad de los envidiosos; un corazón eternamente agitado, un espíritu inquieto y una conciencia poco tranquila. ¡Ah, Señor! no era menester tanto para hacer infeliz á un hombre; y no obstante, todo esto se hallare unido en la triste condicion de los hombres del siglo. Mas aun en el caso que encontraran el secreto de acallar una gran parte de sus sinsabores;

¿qué amargura no derramaria en sus diversiones, y aun en aquellas alegrías menos superficiales, el pensamiento de la muerte y de la eternidad? Pues de todo esto están libres los verdaderos religiosos: exentos por su estado de ese tropel de miserias; superiores á todos los acasos de la vida; independientes del capricho y del humor extravagante de los hombres; libres por su generosa renuncia de los punzantes cuidados de las riquezas, que Jesucristo compara á las espinas; desembarazados por su perfecta sumision aun de aquellas molestas fatigas que causa el gobierno de la propia conducta; únicamente ocupados en el importante negocio de su salvacion; dedicados únicamente al servicio de Dios, y enteramente aplicados á darle gusto, ¿cómo pueden menos de gustar las dulzuras de su dichosísimo estado? ¿dónde hay tranquilidad mas deliciosa? Figúrese uno, si es posible, otra vida mas santa, ni mas feliz. ¡Oh, y cuánta razon tienen para alabar incesantemente el nombre del Señor, para rendirle continuas acciones de gracias por haberlos sacado misericordiosamente del camino de la perdicion, retirándolos de los peligros tan frecuentes en el mundo! Pero si entre esas personas tan favorecidas y tan afortunadas se encuentran algunas pocas parecidas á aquellos ingratos israelitas que echaban menos los puerros y las cebollas de Egipto, no gustando de los manjares deliciosos de su estado, fácil es acertar de dónde les nace ese disgusto.

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo, y el mismo del dia VIII, pág. 197.

MEDITACION.

DEL CUIDADO QUE TODOS DEBEN TENER DE SU SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el hombre fué únicamente criado para ser feliz. No lo puede ser sin estar unido á Dios y poseerle, porque solo Dios es su vida, su soberano bien y su todo. No puede estar unido á Dios, ni poseerle, sino en cuanto le ama, le sirve y le agrada. Separado de Dios, no se hallan en el hombre sino pecado, corrupcion y miserias. El pecado es lo único que le separa de este supremo bien, de este soberano manantial de todos los bienes; es el único que le corrompe, que le hace infeliz y le pierde. Apartándole de Dios, y borradas en su corazon las dulces impresiones del divino amor, convierte todos sus afectos y todas sus inclinaciones á las criaturas y hácia si mismo, buscando alguna desdichada satisfaccion, que en alguna manera llene el hueco y supla el gusto que experimentaba unido al Criador. El falso, el mentiroso gusto que encuentra en si mismo y en los objetos criados, le engaña, le encanta y le hace creer que es dichoso, que es rico, que nada le falta; al mismo tiempo que es miserable, que es pobre, que está ciego, y que verdaderamente es objeto digno de compasion. ¡Terrible ilusion, que insensiblemente conduce la mayor parte de los hombres á la muerte, á la sepultura, á la condenacion eterna, sin advertir el precipicio hasta el mismo punto que caen en él! Es menester, pues, para salvarse, que se destruya el pecado por la penitencia; es menester vivir en gracia, si no se quiere morir en pecado. ¿Se conviene en esta doctrina? ella es una verdad infalible; pues si se conviene en ella, ¿en qué consistirá que, deseando todos